



ESCENA FINAL DEL ACTO PRIMERO

(Foto. El Teatro, por Campaña)

cesita. Marta sucumbe á las ansias de amar y ser amada, ansias insaciables que necesitan su alimento. Ella ha nacido para ser la esposa apasionada y la madre feliz y el destino, oponiéndose á los nobles afanes que persigue, después de arrebatarse la primera ventura con que soñó, arrebatáale también la que adoptara como refugio de sus desilusiones y sus tristezas.

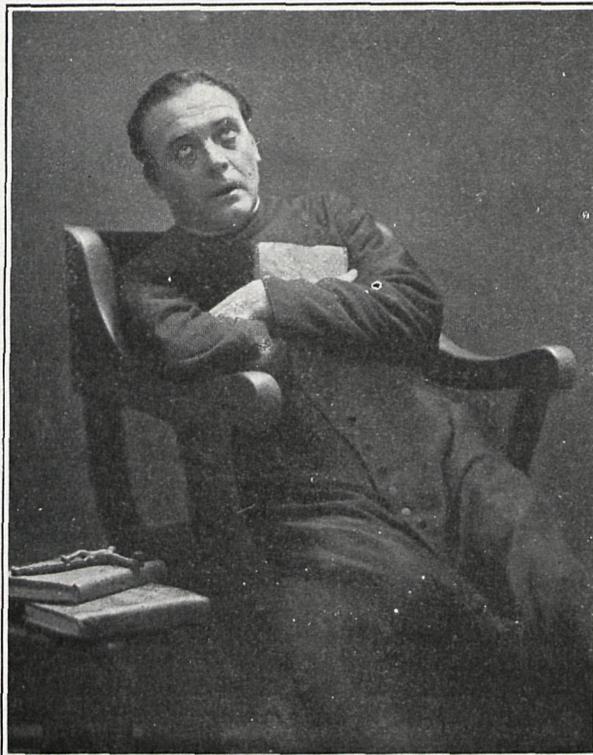
En el segundo acto Ramón es sacerdote, y de Marta se sabe que huyó de la aldea en busca del amor que ansiaba y que creyendo haberlo encontrado, había caído en los brazos de un hombre que después de gozar las dulzuras de las primeras caricias de la joven la abandonó con el fruto de aquellos efímeros amores, triste realidad de los sueños venturosos de la muchacha.

El padre Ramón es el prototipo del sacerdote cristiano que, inspirándose en las predicaciones de Jesús, todo lo sacrifica al bien ajeno. Su personalidad, sus afectos, sus necesidades, todo, en fin, se anula en él ante el deseo de mejorar la suerte de

los otros. Vive con humildad rayana en la pobreza, porque lo poco que posee lo reparte entre los monesterosos, sus hermanos. Su conciencia no se mancha siquiera con el egoísmo de consagrar á sí un solo pensamiento. El no vive más que para sus semejantes y por ellos se encuentra dispuesto á todo.

Desgraciadamente su alma generosa vive así en un aislamiento absoluto; en una lucha constante contra el egoísmo de los demás. No solamente no son como él las ovejas cristianas, ni siquiera practican los preceptos del maestro los que ejercen de pastores del rebaño. La amargura que el convencimiento de esta realidad le produce, no determina el decaimiento de su espíritu ni la tibieza de su fe y de sus energías, no logra hacerle vacilar un punto, pero sí ocasiona la dolencia moral que pronto ha de convertirse en dolencia física. Su corazón, lacerado por la lucha, enferma.

No deja de contribuir á este efecto la interpretación que á su caridad sublime, á su magnanimidad

PADRE RAMÓN  
Sr. Borrás

(Fot. Kaulak)

MARTA  
Sra. PinoEL PADRE RAMÓN  
Sr. Borrás

(Fot. Allonso)

«EL MÍSTICO»—ACTO TERCERO

incomparable, dan cuantos le rodean. Miguel, un infeliz obrero que por celos cometió un crimen y purgó en la cárcel su delito, al salir de ella y encontrarse desamparado le pide protección, y Marta, abandonada por su amante, también le pide auxilio. El cuenta con la caridad humana para prestárselo á ambos, pero al encontrarse con que el egoísmo de los que dicen practicar las doctrinas de Cristo se lo niega, resuelve compartir con ellos su casa y su alimento.

Lejos de comprender la sublime intención que guía al sacerdote, la maledicencia clava en él sus dientes y hasta el propio obispo reprueba su conducta, incapaz de juzgar la santidad de sus propósitos.

A aumentar la amargura que esto produce en el ánimo del sacerdote contribuye su propia madre, que no participando de los sentimientos de su hijo, incapaz de comprender su abnegación, cen-

sura su conducta, que llega á parecerle incomprensible cuando averigua que Miguel y Marta se quieren.

En efecto, los dos jóvenes, cediendo á las vehemencias de su temperamento juvenil, experimentan la atracción irresistible que pronto ha de trocarse en amor profundo. Ellos no creen que este amor ofenda á su generoso protector: no así la madre de éste, quien, juzgando que con él proteran la santidad del hogar en que encontraron un refugio, pretende que su hijo arroje á Marta de la casa, decidiéndose á abandonarle cuando él, con la firmeza del que al cumplir con su deber no vacila en sacrificarse, se niega á lo que su madre pretende.

Como si aún este dolor no fuera bastante á probar la fortaleza del mártir, aún le reserva el destino otro nuevo.

El secretario del obispo se presenta en su casa para decirle que su ilustrísima no aprueba la

EL PADRE RAMÓN  
Sr. Borrás

protección de que hace objeto á la joven y aconsejándole que procure no dar motivo á la murmuración; hácele comprender que, no creyendo en su abnegación, atribuye á torpes motivos lo que, en realidad, es una prueba de su grandeza de alma.

Resuelven el conflicto Miguel y Marta, quienes, noticiosos de lo que ocurre, deciden marchar, dejando solo al sacerdote cuya virtud no es comprendida y cuya soledad abatiría al fin su espíritu, si al fijar los ojos desencajados en la imagen de Jesús no viera en sus brazos abiertos el consuelo de todas sus tribulaciones.

Pero las penas agravan la dolencia moral que sufre el padre Ramón y determinan el agotamiento de sus energías físicas, y al fin sucumbe, no sin gozar en el terrible trance la ventura de ver á Marta junto á él, á la pobre Marta que tampoco ha conseguido esta vez la felicidad, puesto que el hombre en quien la cifra ha muerto en defensa de sus ideales libertarios, dejándola doblemente desamparada, puesto que ya no podrá prestarle consuelo la virtud sublime del sacerdote.

A grandes rasgos este es el asunto de *El Místico*. Como se ve, este hermoso drama de Rusiñol no desmiente el temperamento artístico que caracteriza todas las obras del insigne pintor y dramaturgo.

La traducción que Joaquín Dicenta ha hecho es primorosa y ha merecido entusiastas elogios del público y de la crítica.

Enrique Borrás, el gran actor que por sus extraordinarios méritos se ha conquistado en el arte, en brevísimo espacio de tiempo, uno de los primeros puestos, hace en *El Místico* una de sus más geniales creaciones.

La figura del padre Ramón tiene en Borrás un intérprete perfecto, acaso porque el actor ha podido estudiar el personaje del natural y seguramente porque ha sabido identificarse con su manera de ser con la intuición y el sentimiento artístico que constituyen la característica del notable comediante.

En toda la obra convence y hace sentir, pero donde sus facultades verdaderamente prodigiosas

causan asombro es en el tercer acto, cuando enfermo de corazón, herido de muerte, muestra el abatimiento de su cuerpo vencido por la enfermedad en lucha heroica con su espíritu invencible.

En el momento de la agonía y en el de la muerte no puede pedirse mayor perfección.

Aquella dramática escena, hecha primorosamente por Borrás, impresionó á los espectadores profundamente.

Rosario Pino dió al papel de Marta toda la sensibilidad y delicadeza que requiere el personaje. Sustituida después por la Sra Roca, tuvo ocasión esta distinguida artista de probar sus excelentes condiciones, que la han hecho acreedora á los más calurosos elogios.

Trabajando con el esmero que distingue á los artistas de la Comedia, puede afirmarse que cuantos han tomado parte en la interpretación de *El Místico* han contribuido á ofrecer un conjunto excelente.

Balaguer, en el tipo del Obispo, convenció al auditorio por la figura irreprochable, por la actitud y por la dicción. Supo dar al personaje la dignidad propia del cargo, sin llegar al énfasis frecuente en otros cómicos, que le hubiera restado la naturalidad con que lo interpretó.

La Sra. Caro hizo con sumo acierto el papel de la madre del sacerdote, ganando un nuevo y señalado triunfo en su carrera de artista.

José Vico, en el libertario Miguel, estuvo sobrio y discreto. González dió gran relieve al secretario del Obispo, y los Sres. Lliri, González, Mora y Sala, en los papeles de el padre Juan, don Andrés, el campanero y el poeta merecieron también sinceras alabanzas.

La dirección artística de la Comedia ha puesto la obra con exquisita propiedad.

El estreno de *El Místico* puede considerarse, pues, como uno de los acontecimientos literarios más importantes de la temporada actual, no solamente por tratarse de una obra de verdadero mérito, sino también por haberse ofrecido con los honores que le correspondían.

E. CONTRERAS Y CAMARGO



ESCENA FINAL.—LA MUERTE DEL PADRE RAMÓN  
(Fot. Kauliak)





EL NOTABLE LITERATO FEDERICO OLIVER, AUTOR DE LA «NEÑA»

(Fot. Kaulak)

## LA NEÑA

DRAMA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE D. FEDERICO OLIVER, ESTRENADO EN EL TEATRO ESPAÑOL

EL señor Oliver, que entró en el teatro triunfalmente con *La Muralla*, y después no había logrado reverdecer aquellos laureles, ha conseguido esta temporada un nuevo triunfo, mayor si cabe, y desde luego más merecido que el de aquella su primera obra, con el drama en tres actos estrenado bajo el rótulo de *La Neña*, en el Español.

El éxito de esta obra, llevada inopinadamente al cartel de nuestra primera escena dramática por la imposibilidad de montar *Andrónica* tan rápidamente como la empresa deseaba, fué muy bueno y sirvió para demostrar que, en el autor de



TELVA  
Sra. Guerrero

(Fot. Kaulak)

*La Muralla*, hay en efecto un buen dramaturgo que podremos considerar definitivamente cuajado, y dará todo el fruto que de él puede esperarse cuando se deje guiar sólo por los impulsos de su alma de artista y al escribir logre olvidar al escenario y al público que ante él ha de congregarse.

De *La Muralla* á *La Neña* hay en esta obra un progreso evidente, y ese progreso es aún mayor si se compara la últimamente estrenada con otras del mismo autor, en las que éste se pospuso á todo su deseo de «hacer teatro» en el sentido que generalmente suele darse á esa frase.

En *La Neña* el de-



UNA ESCENA DEL PRIMER ACTO

(Fot. El Teatro, por Campúa)

fecto perdura; pero tan atenuado, que muchas veces desaparece por completo, y hasta tal punto, que, á poco que el señor Oliver hubiese proseguido por ese camino, hubiera conseguido ser aclamado como autor dramático de los indiscutibles.

La experiencia puede servir de mucho al señor Oliver, si sabe aprovecharla; y ya que tiene la buena fortuna de que el público le señale con aplausos el buen camino, debe procurar utilizar la lección: ella le llevará á la gloria fácil y rápidamente.

En *La Neña* hay momentos de verdadera poesía y en ellos fué, precisamente, donde el público demostró, con rara unanimidad, su complacencia; otros, en cambio, descubren demasiado el artificio con que el autor ha pretendido arrancar el aplauso, y en ellos el público no se dejó convencer por completo. Eso es sufi-



PACHÍN CUERVO  
Sr. Mendoza (M.)  
(Fot. El Teatro, por Campúa)

cientemente expresivo para quien como el señor Oliver, tiene talento bastante para comprender las cosas sin muy amplias explicaciones y es de esperar que en otras obras el autor de *La Muralla* lo posponga todo á la sencillez y triunfo, gracias á eso, completa y definitivamente.

El argumento de *La Neña* puede ser contado rápidamente: la *Neña* es una muchacha asturiana á quien desean dos galanes: Ramón Fierro, aldeano como ella, y que en la aldea vive, y Pachín Cuervo, un *indiano*; es decir, un mozo que salió del pueblo en busca de fortuna y ha regresado de América para llevarse á la moza y seguir atesorando después allende los mares.

Los padres de la *Neña* veían con gusto los amores de su hija con Ramón, mientras éste no tenía un rival poderoso; pero cuando llega el *indiano* y deslumbra á todos en la



TERESINA  
Srta. Suárez

RAMÓN FIERRO  
Sr. Mendoza (F.)

Fot. El Teatro, por Campúa)

aldea con el brillo de su oro, los viejos se pasan al enemigo; rompen, en una escena muy bien vista en el natural, las negociaciones matrimoniales con el padre de Ramón y deciden entregar la moza al adinerado.

Éste no es en realidad el mozo que emigró de la aldea, sino un vividor, agente de la trata de blancas, que le robó sus papeles y con ellos se ha presentado en el pueblo confiando en que no será reconocido.



PEPÓN  
Sr. Soriano Biosca



MENA  
Sra. Guillén



QUINO  
Sr. Mesejo

Se equivoca en ésto; allí está la madre del emigrante, vieja, astrosa, tenida por bruja y ciega, pero que, no obstante, descubre la superchería. Afortu-

nadamente para el impostor, cuando la vieja hace el descubrimiento, sólo la escuchan él y una aldeana fea y repugnante, enamorada de Ramón, y que



PUNTABRAVA  
Sr. Palanca

RAMÓN FIERRO  
Sr. Mendoza (F.)

MENA  
Sra. Guillén

TELVA  
Sra. Guerrero

ROLO  
Sr. Díaz

MIGUELÓN  
Sr. Cayuela

QUINO  
Sr. Mesejo

PEPÍN  
Sr. Guerrero

